

nunca más que las puertas de la cárcel o las
puertas de la muerte, que tan grandes males son
los dos...

*(El escribano se encoge de
hombros filosóficamente, como
diciendo: es verdad, pero... Te-
lón lento.)*

JUEZ.--Venga, señora, venga... Ande, venga...
alejémonos...

*(Se la va llevando medio a la
fuerza. Daniel queda inmóvil
mirando el cuerpo de Federico.)*

TELON

COMO HORMIGAS...

Comedia en dos actos y en prosa, estrenada en el
TEATRO LARA la noche del 7 de Abril de 1917

CAPILLA ALFONSO
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

U. A. N. U.

PERSONAJES

MARIA CRUZ.

CARMEN.

LEONA.

LA CIGARRA.

NARCISA.

GABRIEL.

DON INOCENCIO.

DON ANDRÉS.

JUAN.

TOLO.

La acción en un pueblo ideal de Castilla.—Época actual.

Derecha e izquierda las del actor.

ACTO PRIMERO

Un patio en Castilla. Forillo, árboles y camino. Foró, muralla con un gran portón, abierto. A izquierda, el brocal de un pozo; a derecha, un baño de piedra bajo un emparrado. Puerta a derecha y otra a izquierda para el interior de la casa. Unas sillas de paja.

Es por la tarde, en Mayo.

ESCENA PRIMERA

TOLO sentado en el banco. LEONA por la izquierda.

(Después de una pausa)

LEONA.—¿Tolo?...

TOLO.—¿Qué pides, Leona?

LEONA.—¿Has preparao la jaca del amo?

TOLO.—La del administraor, sí.

LEONA.—El administraor y el amo son de una misma carne.

TOLO.—Pues no son. El amo aquí es el agüelo.

LEONA.—Y por mandao del agüelo gobierna la casa uno de los nietos, el Juan. Total, amo y administraor too junto.

TOLO.—Pa ti pué que lo sea. Pa mí no es nieto ni es señorito Juan ni na más que el administraor.

LEONA.—Por mucho que lo machaques no lo vas a echar de la familia.

TOLO.—Bien que lo siento, que no merece ser de esta casa. Toos de azúcar y él de sal.

LEONA.—¡No dirás que es mal hombre!...

TOLO.—Eso no. Muy serio y muy sin faltar a naide en su derecho, pero como se le entre en la cabeza que tié razón, nos machaca a toos sin que valgan lloros ni disculpas. Si a mí algún día me llama la Justicia para decir que diga, yo digo: si es por una mala acción, don Juan no ha sío; si es por una antipatía, don Juan ha sío, que de honrao es honrao y honrao y honrao, pero de antipático es antipático y antipático y antipático. Y disimule usía que no le miente más veces lo antipático que es el don Juan pa no cansarle a usía; pero que le conste que no hay en too el Concejo de Vistanella un pareció que le sea pareció.

LEONA.—En cambio el agüelo...

TOLO.—Eso es flor de romero.

LEONA.—Y las nietas, la María Cruz y la Carmen, ¿no lo son?

TOLO.—Lo mismo. De romero y de tomillo y de toas las hierbas buenas y olorosas que Dios ha críao y los hombres no han pisao entodavía.

LEONA.—La verdá es que el señorito Juan no se hace querer mucho.

TOLO.—Ni poco. Pa él no hay más cuestión que la cuestión de que ande too el mundo derecho, y como no caminen por esa vereda regaña a la familia, echa multas a los criaos, pone tutores a los árboles y le da patás al perro si no recuerda hoy que le prohibió ayer que entrara en el comedor.

LEONA.—Pero siempre con su fundamento y con su aquel bien probao.

TOLO.—No te lo niego... y el tener razón a las veces es una gran cosa; pero tener razón desde las seis de la mañana hasta las nueve de la noche, que se acuesta, es amolar el día, Leona.

LEONA.—Cada uno tié su genio, Tolo, y nosotros hemos de sufrir el de los amos.

TOLO.—¡Pero si a él no le aguanta naide! No le aguantan los criaos, no le aguantan los parientes ni los amigos, y hasta un árbol, al que se

subió una tarde, se ha tronchao por no poderlo aguantar.

LEONA.—Por el peso, hombre.

TOLO.—Por que le fué antipático, mujer.

LEONA.—No mermures, Tolo.

TOLO.—¡Pero si es el evangelio! El mismo cura, el santo de don Ambrosio, cuando da la bendición, dice: bendigo a toos... y a Juan también. ¡Si sabrá el señor cura que don Juan es un hombre apartel!

LEONA.—Eso no es cierto.

TOLO.—Me lo dijo el monaguillo...

LEONA.—¡Buen trapalón está esel...

TOLO.—El dolor de esta casa fué que no se marchara el administraor en vez de marcharse el hermano.

LEONA.—¿El Grabiél?

TOLO.—El güeno.

LEONA.—(Riendo). Ese era el malo.

TOLO.—Sí, el que hacía las diabluras y las trastadas, el que daba paz a los trabajos y aire a los dineros... ¡pero más generoso y más caritativo y más llano no ha nació otro hombre como el Grabiél!

LEONA.—Ese no acusaba a un pobre, no.

TOLO.—Y el otro acusa y no repara en dis-

gustos si tié la verdá en sus bolsillos. ¡Mira que contarle al Aniceto lo de la mujer!

LEONA.—Contárselo, no, que no fué con el chisme.

TOLO.—Es igual. Azul con azul y encarnao con encarnao, puesto que le respondió que sí, que era cierto, cuando vino a preguntárselo. ¡Una picardía y una mala entraña, Leonal!

LEONA.—Pues él sostiene que ese era su deber. Ir a contárselo sin más ni más hubiera sido lo que tú dices, una picardía; pero cuando el Aniceto le preguntó ya no había más remedio que responder con lo que fuera, que el señorito Juan no ha mentío jamás ni tenía por qué mentir en aquel entonces.

TOLO.—¡Pues menuda la armól!

LEONA.—Genios, Tolo, genios.

TOLO.—Eso pué que sea; pero endenantes pedíamos a Dios que nos librara de los malos, y ahora, dende que manda este señor, le pedimos a Dios que nos libre de los buenos.

LEONA.—Portándose bien no hay cuidao...

TOLO.—Claro que no; pero, caray, algunas veces le pide a uno el cuerpo una faltilla.

LEONA.—Pues que no las huela, que con él toas son faltas graves y pecaos del infierno.

TOLO.—Calla, que ahí vienè.

ESCENA II

DICHOS: JUAN, por la izquierda

JUAN.—¿El caballo?

TOLO.—Preparao. ¿Lo entro?

JUAN.—¿Estás tú aquí, eh? Me alegro. ¿Fuis-
te anoche a llevar la carta?

TOLO.—Sí, señor.

JUAN.—Mentira.

TOLO.—Pues hoy ha tenío usted la réplica.

JUAN.—No te pregunto eso. Pregunto si fuis-
te a llevarla.

TOLO.—Cuando responden...

JUAN.—Contesta de una vez. ¿La has llevado
tú o fué otro?

TOLO.—Como daba la casual de ir para el
pueblo el señor Antonio, que es de confianza,
le dije, digo, que...

JUAN.—Pero yo te mandara a tí y no al señor
Antonio. Es la segunda vez que dispones de mis
encargos como a tí te parece y no como yo he
mandado. Es la segunda vez y es la última. Pue-
des buscar otro acomodo.

LEONA.—Señorito Juan, habiendo llegao la
carta, que es lo importante...

JUAN.—Te equivocas. Lo importante es que
cada uno cumpla su cometido y su obligación.
Ya le sabes, Tolo. Si antes encuentras, puedes
marchar antes de fin de mes, que tu sueldo lo
cobrarás por entero.

TOLO.—Muchas gracias.

LEONA.—Pero señorito...

JUAN.—Cuidate de tí misma, que aún no te
pregunté a tí por nada de lo tuyo... y algo he-
mos de hablar. Voy en una galopada a los hatos,
que las merinas salen de cañada esta noche, y
quiero ver cómo preparan todo.

LEONA.—Y encomiéndeles mucho ojo a los
rezagos, que hay pueblos ladrones al paso.

JUAN.—Ya se lo repetiré, ya. Si acaso viene
el señor Registrador, dile que tenga la bondad
de aguardarme. Volveré pronto.

(Mutis por el foro).

LEONA.—Le diré que aguarde su güelta de
usted, sí, señor.

TOLO.—Ya descargó el nublao sobre mí...

LEONA.—Dale un despense, hombre.

TOLO.—No pueo. Se me pega la lengua pa
hablarle.

LEONA.—Pero anda ahora y tenle el caballo. No lo empeores...

TOLO.—Bueno. Lo tendremos.

(Mutis por el foro).

ESCENA III

LEONA: NARCISA, por la izquierda

NAR.—Leona..., ¿preparamos la merienda en el soto?

LEONA.—No, dentro.

NAR.—La tarde lo dice, mujer, que hace calor.

LEONA.—Pues aunque haiga brasas, dentro y dentro, Narcisa, que eso dispuso el señorito Juan.

NAR.—Entonces, a callar y dentro, que es lo de mejor compostura.

LEONA.—Dices bien. Y a propósito de compostura... No te fies del Benito.

NAR.—No hay nada.

LEONA.—No te fies, que otras se fiaron, y el asunto quedó sin componer.

NAR.—Muchas gracias por el aviso; pero no ha de haber peligro porque hablemos unos momentos...

LEONA.—No, yo te lo advierto pa los momentos que no habléis.

NAR.—¡Quita, mujer, quita!

LEONA.—Pues quitado, y adentro, a los menesteres.

(Mutis las dos por izquierda).

ESCENA IV

DON INOCENCIO, entre MARIA CRUZ y CARMEN, por foro

D. INO.—¡Así da gusto volver de rezar el santo rosario! Entre las dos nietas, como caracol entre dos rosas, para que la hermosura de ellas refleje un poco en mí.

CAR.—Tú no necesitas reflejos de nadie, que estás muy precioso todavía.

D. INO.—(Riendo).—O ando yo muy equivocado de mí mismo... o tú no eres doctora en preciosidades.

CAR.—¡Vaya si lo soy! No hay en todo el mundo un hombre más bueno...

D. INO.—Alto, alto, que ya estoy conforme contigo, aunque la belleza de ser bueno no se llama belleza, sino bondad; pero, en fin, de esa manera sí reconozco que soy preciosísimo.

CAR.—¿Lo ves?

M. CRUZ.—¿Nos sentamos un ratito bajo la parra?

D. INO.—No...

M. CRUZ.—Es que el sol aprieta; que estamos en Mayo y en Castilla.

D. INO.—En Castilla estamos todos, sí; pero en Mayo no estáis más que vosotras. Yo estoy en Noviembre... ¡y gracias!

CAR.—Pues ven aquí, a tu sillita.

D. INO.—Un poquito más allá... al sol... esos.—(Sentándose).—Y oidme una cosa, rapazuelas. Aunque a veces os abrase, buscad el sol; aunque a veces os haga sufrir, buscad el amor; y aunque a veces os parezca muy abrumadora la carga, conservad siempre vuestra casa, que al final de la vida ton sólo eso nos apetece a todos: casa, cariño y sol...

CAR.—Ya es buen consejo, ya; pero aún hay camino de buscar a encontrar.

M. CRUZ.—Mucha tierra, mucho mar... y algún olvido.

CAR.—Olvidos, no; que todos los años, el día de tu santo, viene para tí la carta del ausente, y como su calendario empieza y concluye en un solo día, en el que celebras tú, no te puedes

quejar. Si acaso los demás... ¿No es verdad, abuelo, que el primo Gabriel...?

D. INO.—¡¡Calla!!

CAR.—Si es que dice María Cruz que Gabriel...

D. INO.—(Levantándose airado).—¡¡Calla!! ¡En esta casa no se vuelve o mentar el nombre del ingrato! Está prohibido que se pronuncie por nuestros labios. Por su capricho nos abandonó a todos, yéndose a no sé dónde...

M. CRUZ.—A Montevideo.

D. INO.—¡No lo quiero saber! Como lleva diez años de ausente, que lleve diez mil; y si a él no le importa que estemos vivos o muertos, a mí me importa menos todavía.

M. CRUZ.—En eso eres injusto, abuelito. No te hablo de él por tu prohibición, porque os alteráis cuando se alude siquiera y porque ni tú ni Juan consentís que se le conteste, pero no porque Gabriel deje de informarse de todo lo que pasa por aquí.

D. INO.—No preguntará por mí, no...

M. CRUZ.—Lo primero de todo: «¿Cómo está el abuelo? No dejes de decirme cómo está el abuelo...»

D. INO.—¡Calla! Cuéntaselo a Carmen si quieres... ¡pero a mí no!

M. CRUZ.—¿Lo ves? Os enfadáis...

D. INO.—Claro que me enojo, y a mí no tole-ro que me lo digan... Pero si se lo quieres con-tar a Carmen, se lo cuentas. Yo pensaré en otra cosa, que asuntos y cavilaciones nunca faltan.

CAR.—Dímelo a mí únicamente. Abuelo, ¿es-tás ya pensando en otra cosa?

D. INO.—Sí.

CAR.—¿Oirás lo que hablemos?

D. INO.—No.

CAR.—(Pasando a colocarse entre el abuelo, que se sienta, y María Cruz.)—Pues habla tú sin miedo.

M. CRUZ.—Es verdad que Gabriel cometió en sus mocedades muchas locuras, pero la de mar-charse fué la última. No mentía diciéndonos que deseaba cambiar de vida y desligarse de sus ma-las amistades para ponerse a trabajar, porque allá trabaja, ¡y bien de firmel

D. INO.—(Que se hacia el distraído, tirándole de la falda a Carmen para que ésta lo mire.)—Pregúntale si con suerte.

M. CRUZ.—Con mucha, abuelo.

D. INO.—¡A mí no me digas nada, que no me importa!

M. CRUZ.—Entonces ¿me callo?

D. INO.—(Tirándole de la falda a Carmen.)—Que te lo diga a tí... Yo, como si no estuviera aquí, ¿comprendes?

CAR.—Comprendo. ¿Trabaja con suerte, Ma-ria Cruz?

M. CRUZ.—Con mucha, Carmen.

D. INO.—Como que es muy inteligente, y si le da la gana de trabajar, claro que acertará..

CAR.—Que no estás aquí, abuelo, y no pue-des oír lo que decimos ni puedes contestar...

D. INO.—Evidente que no puedo. Dile que siga.

M. CRUZ.—Pues lo esencial de sus cartas es que le va bien de salud, que no le va mal de in-tereses y que pone siempre una palabra afectuo-sa para el abuelo. Por lo visto, es a quien más quiere.

D. INO.—(Tirándole de la falda a Carmen.)—Dile que repita eso.

CAR.—¿Cómo dijiste, María Cruz, que no en-tendi bien...?

M. CRUZ.—Que el gran cariño y el gran re-cuerdo de Gabriel es el abuelito.

D. INO.—Lo interpretas tú de ese modo...

M. CRUZ.—Y pruebas hay.

D. INO.—¿Pruebas?

M. CRUZ.—Cuando supo los miedos que pasamos con la pulmonía de este invierno, me puso un cablegrama que le costó veintisiete duros... ¡veintisiete duros, abue... Carmen! con respuesta pagada, y avisando que si aún había el más pequeño peligro, embarcaba en el primer vapor.

D. INO.—(*Levantándose.*)—¡Eso no lo dije!

CAR.—Sí, abuelo.

D. INO.—¡No!

M. CRUZ.—¿Quieres ver el cable?

D. INO.—¿Lo dije, María Cruz?

M. CRUZ.—Tú lo leerás, si quieres.

D. INO.—Pues escríbele hoy mismo, ahora mismo, y en la carta dile a ese mozo que le envías el corazón de un viejo. ¡Escribe, escríbel!

M. CRUZ.—(*Marchando.*)—Inmediatamente.

D. INO.—¡Y ponle muchos abrazos, muchos!... Pero oye, oye. Ponlos separados de los tuyos.

M. CRUZ.—Yo no mando ninguno.

D. INO.—Por si acaso pon los míos en pliego aparte, y advirtiéndole, con letras muy gordas y muy claras: *éstos son del abuelo...*

M. CRUZ.—No, no. De veras.

D. INO.—¡Luego lo explicarás y te lo creeré luego; pero ahora escribe, que el tiempo me

tarda para mandar el perdón a ese nieto adorado!

M. CRUZ.—Pues a escribirle voy.

(*Mutis por la izquierda.*)

ESCENA V

DON INOCENCIO y CARMEN

CAR.—Haces muy bien en perdonarle.

D. INO.—¿Y cómo no lo haría, si era ese mi mayor deseo? Siempre que un padre perdona a un hijo, el más perdonado no es el hijo, no, es el padre.

CAR.—Para Gabriel va a ser un alegrón.

D. INO.—Ojalá. Pero seguramente no tanto como para mí. Cuando la muerte se llevó, uno tras otro, a mis dos hijos y a las mujeres de mis hijos, os recogí muy gustoso a tu hermana y a tí. Después vinieron Gabriel y su hermano Juan, todos muy chiquitos, y a todos os he criado en nidada.

CAR.—Igual que a pájaros.

D. INO.—E igual que niños. A esa edad no se diferencian mucho.

CAR.—¡Cuánto te debemos!...

D. INO.—Nada. Sois cariñosos conmigo, y el

único que se torció un poco ya se muestra arrepentido.

CAR.—Y así que vuelva lo casaremos con María Cruz, ¿verdad?

D. INO.—Naturalmente. O mejor dicho, implacablemente. Ya que ha sido tan bobalicona que le aguardó diez años... ¿qué menos venganza va a tomar que la de casarse? Les daré mi bendición y supongo que en seguida me darán ellos algunos pájaros nuevos que cuidar.

CAR.—También a mí me gustará mucho.

D. INO.—¡Lo creo!

CAR.—Cuidar los de ellos, digo.

D. INO.—Pensé que te referías a los tuyos.

CAR.—¡Abuelito! Yo ni siquiera tengo novio.

D. INO.—¡Mentiritas no, eh!

CAR.—¿Tú sospechas de Antonio?

D. INO.—¡Pues no he de sospechar si os pasáis las horas de palique en la reja!

CAR.—Charlamos, sí... pero novio no es.

D. INO.—¿Pues qué es?

CAR.—No se ha declarado todavía...

D. INO.—Y ya sólo falta que cuando se declare le contestes que lo pensarás.. Mira, nieta, ya le estás mandando de mi parte al Antonio que formalice esos amores, y en cuanto abra la boca oficialmente... ¡a la pajarera con él!

CAR.—¡Abuelo!

D. INO.—¡Nietal! ¡Biznietos en puerta! ¡Gabrielillo que volverá pronto! ¡Dios está conmigo y con los míos! ¡Alabado sea su nombre mientras me quede voz y aliento.

CAR.—¿Eres muy dichoso?

D. INO.—¡Mucho! ¡Mucho! He realizado todas las ilusiones de mi vida. ¡Todas, menos que me vendieran ese cachito de tierra!

CAR.—¿El Agro de las liebres?

(*Riéndose.*)

D. INO.—Ese. ¡La obsesión de toda mi existencial! Cuidado que casi no es una hectárea, y de mala calidad... ¡pero está en medio de todas mis tierras! y el condenado del dueño no quiso jamás venderlas ni permutarla, para hacerme rabiar.

CAR.—Ahora puede que sus herederos no tengan inconveniente.

D. INO.—Ya mandé que le escribieran al sobrino, a un tal Jerónimo Carrillo... ¡pero el pícaro no contestal!

CAR.—¡Abuelo!

CAR.—Ya contestará, no te apures.

D. INO.—Consiguiendo eso sería feliz completamente. Y no consiguiéndolo también, que es ofender a los cielos el disgustarse por no te-

ner un poco más, teniendo ya tanto. Feliz, Carmen, feliz.

ESCENA VI

DICHOS: DON ANDRÉS por el foro

D. AND.—Santa palabra, que se oye decir mucho refiriéndose a otros, pero contadísimas veces aplicándola a uno mismo.

D. INO.—Pues aquí tiene usted un ejemplar.

D. AND.—Lo celebro. ¿Y ese catarro, Carmencita?

CAR.—Yo no estoy acatarrada, don Andrés.

D. AND.—¿No? Me choca. Esperaba que sí, porque anoche sopló un aire muy frío... Y me figuré que hoy toserían todas las muchachas de las rejas.

CAR.—¡Yo no estuve!

D. INO.—Disimula, Carmen, disimula; pero el señor Registrador de la propiedad de Vistanella lleva también el registro de las que pelan la pava.

D. AND.—Aunque por mí no lo sabrá nadie. Cuando salgo de noche, tengo tal costumbre de embozarme discretamente para no ver a las parejitas de enamorados, que ya, al pasar junto a

las rejas, el embozo de mi capa se sube él sólo.

D. INO.—Eso es mérito personal de usted... Porque a mí me daban siempre unas tentaciones locas de curiosear.

D. AND.—Y a mí.

D. INO.—Entonces, ¿por qué se tapa?

D. AND.—Parece que me tapo; pero el rabillo del ojo ya se despacha a su gusto, ya.

CAR.—Para que se fie nadie de los embozados...

D. AND.—Bromas. ¿Vamos a la formalidad, mi señor don Inocencio?

D. INO.—No pudiendo ir a otra cosa, vamos a la formalidad, mi querido don Andrés.

D. AND.—Vengo a felicitarle por su cumpleaños.

CAR.—Verdad que es maravilloso lo fuerte y lo guapo que cumple los...

D. INO.—¡Altos! ¿Hay alguna muchacha por aquí cerca?

CAR.—Ninguna.

D. INO.—Entonces puedes decirlos todos.

CAR.—Los setenta.

D. INO.—Cabales. Pero habiendo mocitas no paso de los sesenta que todavía es edad en que se las puede enamorar.